

Actualmente ya no se adoran a los dioses de las alturas. El templo de Salomón se ha trasladado a las metáforas donde da cobijo a nidos de golondrinas y a lívidas lagartijas. El espíritu de los cultos, al dispersarse en el polvo, ha desertado de los lugares sagrados. Pero son otros los lugares que florecen entre los hombres, otros lugares donde los hombres se dedican sin desvelo a su vida misteriosa, y que poco a poco nacen a una religión profunda. Todavía la divinidad no los habita. Se gesta allí, es una divinidad nueva la que se precipita en estos Efesos modernos como, en el fondo de un vaso, el metal desplazado por un ácido; es la vida la que hace aparecer allí a esta divinidad poética, junto a la que miles de personas pasan sin ver nada y que, de pronto, resulta sensible y terriblemente obsesionante para los que la han percibido una vez torpemente. Metafísica de los lugares, eres tú quien mece a los niños, tú quien puebla sus sueños.

Playas de lo desconocido y del estremecimiento, toda nuestra materia mental las bordea. Ni un paso hacia el pasado, que no vuelva a encontrar este sentimiento de lo extraño, que me sobrecogía, cuan-

do todavía yo era el encantamiento mismo, en un decorado donde por vez primera me llegaba la conciencia de una coherencia inexplicable y sus repercusiones en mi corazón.

Toda la fauna de las imaginaciones, y su vegetación marina, se pierde como por una cabellera de sombra y se perpetúa en las zonas mal iluminadas de la actividad humana. Es allí donde aparecen los grandes faros espirituales, afines por su forma a signos menos puros. La puerta del misterio, un desfallecimiento humano que la abre, y henos aquí en los reinos de la sombra. Un paso en falso, una sílaba trabada, revelan el pensamiento de un hombre. Hay en la confusión de lugares semejantes cerraduras que dejan mal cerrado el infinito. Allí donde se persigue la actividad más equívoca de los vivientes, lo inanimado adquiere a veces un reflejo de sus secretos más movibles: nuestras ciudades están así pobladas de esfinges ignoradas que no detienen al paseante soñador si no vuelve hacia ellas su distracción meditabunda, que no le hacen preguntas efímeras. Pero si las descubre, este sabio, entonces, al interrogarlas, serán sólo sus propios abismos los que, gracias a estos monstruos sin rostro, de nuevo sondeará. La luz moderna de lo insólito, esto es lo que en lo sucesivo le retendrá.

Reina extrañamente en estas especies de galerías cubiertas que abundan en París, alrededor de los grandes bulevares y a las que se llama, significativamente, *pasajes*, como si en estos corredores robados a la luz no estuviera permitido a nadie pararse más de un instante. Glauco fulgor, de alguna forma abisal, que tiene algo de la repentina claridad de una pierna descubierta bajo una falda levantada. El gran instinto americano, importado en la capital por un prefecto del Segundo Imperio, que tiende a recortar a cordel el plano de París, hará pronto

imposible la conservación de estos acuarios humanos ya muertos en su vida primitiva y que merecen, no obstante, ser mirados como encubridores de muchos mitos modernos, sólo hoy cuando la pica los amenaza, se han convertido efectivamente en los santuarios de un culto de lo efímero, se han convertido en el paisaje fantasmal de los placeres y las profesiones malditas, incomprensibles ayer y que el mañana no conocerá jamás.

«El boulevard Haussmann ha alcanzado actualmente la rue Laffitte», decía el otro día *l'Intransigeant*. Algunos pasos más de este gran roedor y, devorada la manzana de casas que le separa de la rue Le Peletier, vendrá a destripar el matorral que atraviesa con su doble galería el pasaje de la Opera, para desembocar oblicuamente en el boulevard des Italiens. Es más o menos a la altura del café Louis XVI por donde empalmará con esta vía por una singular especie de beso, de la que no se pueden prever ni las consecuencias ni las resonancias en el vasto cuerpo de París. Uno puede preguntarse si una buena parte del río humano que a diario transporta de la Bastilla a la Madeleine olas increíbles de ensueño y languidez, no se derramará en este nuevo pasadizo, modificando así todo el curso de los pensamientos de un barrio y posiblemente de un mundo. Vamos, sin duda, a asistir a la conmoción de las formas de callejeo y de prostitución, y es previsible que este camino facilitará una mayor comunicación entre los bulevares y el quartier Saint-Lazare, probablemente deambularán nuevos tipos desconocidos que participarán en dos zonas de atracción entre las que su vida vacilará y serán los principales factores de los misterios del mañana.

Estos nacerán así, de las ruinas de los misterios actuales. Que uno se pasee por este pasaje de la Opera del que hablo y que lo observe. Es un doble

túnel que se abre al norte por una sola puerta, en la rue Chauchat, y por dos al sur, en el bulevar. De las dos galerías, la occidental, la galería du Baromètre está unida a la oriental (galería du Thermomètre) por dos corredores, el primero en la parte septentrional del pasaje, el segundo cerca del bulevar, justo detrás de la librería y el café que ocupan el espacio entre las dos puertas meridionales. Si penetramos en la galería du Thermomètre que se abre entre el café ya señalado y la librería Eugène Rey, una vez pasada la reja que por la noche cierra el pasaje a las nostalgias contrarias a la moral pública, se observa que casi toda la superficie de la fachada de la derecha, distinta en la planta, con sus escaparates, su café, etc., parece enteramente ocupada por un solo edificio en los pisos: uno solo es, en efecto, el que se extiende en toda su longitud, un hotel cuyas habitaciones no tienen otro aire ni otra claridad que los de este laboratorio de placeres, en donde el hotel encuentra su razón de ser. Recuerdo que la primera vez me atrajo la atención hacia él el contra-anuncio que el hotel de Monte-Carlo le hace en la pared que da término a la rue Chauchat (cuyo *hall* veremos en la galería du Baromètre) y que dignamente afirma que *no tiene nada que ver con el meublé del Pasaje*. Este *meublé* en el primer piso, es una casa de citas, pero el segundo, donde las habitaciones tienen los techos muy bajos, es simplemente un hotel donde, por meses y semanas, se alquilan a precios bastante razonables, malsanas y mezuquinas piezas con agua corriente, fría y caliente, y luz eléctrica. Es muy agradable vivir en una casa de citas por la libertad que allí reina y porque uno se siente menos espiado que en un inmueble normal. Así he vivido en Berlín, en un lugar semejante de la Joachimstalerstrasse, en Charlottenburg, donde todas las noches pagaba mi habitación antes de entrar,

incluso aunque hubiera dejado allí mi baúl. Picabia, rue Darcet, vive de vez en cuando en una casa de citas que dice gustarle porque jamás ha visto zapatos en la puerta de la gente. Actualmente conozco en el segundo piso del meublé del pasaje de la Opera dos inquilinos que son amigos míos: Marcel Noll, que el año pasado trajo de Estrasburgo a París una gran capacidad de desorden y al que estimo mucho por ello; Charles Baron, hermano del poeta Jacques Baron, también poeta (aún poco conocido) pero que la gente que apenas le conoce le distinguen del otro llamándole Baron *el boxeador*, por las vagas lecciones de boxeo que antaño tomó y, posiblemente, porque entonces frecuentaba a algunos boxeadores de los que uno por lo menos, Fred Bretonnel, debía alcanzar la fama en los rings; Charles Baron, que ha alquilado allí esta habitación nada cómoda para vivir con una encantadora amiga, de la que sólo puedo decir esto: ciertos días se parece extrañamente a una paloma apuñalada. Este romántico inmueble cuyas puertas bostezan a veces, dejando percibir extraños mariscos, la disposición de los lugares lo hace más equívoco aún que el empleo posiblemente banal que una población flotante puede hacer de él. En los largos corredores, que uno tomaría por bastidores de un teatro, se abren los palcos, quiero decir las habitaciones, todas hacia el mismo lado del pasaje. Un doble sistema de escaleras permite salir más o menos lejos en el pasaje. Todo está dispuesto para facilitar las eventuales huidas, para ocultar a un observador superficial los encuentros que, detrás del azul de cielo descolorido de las colgaduras, ahogarán un gran secreto en un decorado de lo más común. En el primer piso, en la escalera más alejada se ideó abrir una puerta que permitiese, llegado el caso, cerrar esta salida alejada, aunque sólo la sostengan los montantes y baste salvar la rampa a su